

amigas fieles de los gorriatos
y la voz servicial de las cigüeñas.
Tuvo un reloj, no mudo pero ciego,
sin agujas ni esfera
con un medido golpe de agonía
que al pasar por el cuarto de las pesas,
monago y sacristán, sobrecogidos,
saltaban la escalera.
No sé si se habrá muerto aquel reloj,
como otras cosas que descansan muertas.
Su golpe de tristura
y los piñones gordos de sus pesas,
me suenan cual si fuesen
eterno diapason de mi conciencia.

El molino de viento
allá por el **lejí** de las eras
decapitado y roto,
todos lo conocimos sin cabeza.
El vetusto cilindro...
desdentado y sin muelas,
que debió de retar al **castillejo**,
en las edades viejas,
con ademanes de voluble loco,
y con crujidos de sus niveas velas.
Sus hélices de lona
como blancas potencias,
testigos fueron de los caminantes,
que van al Argayén o a Zalamea,
y de las mozas que en la fuente **El Cura**,
entre risas y gresecas,
vuelven mordiendo un ramo de mastranzo,
y el cántaro de panza en la cabeza.
Figuras pueblerinas
salsilla de la tierra.
El Tío Nariz,, que fué a la guerra en Cuba;
un Tío Curita que dejó carrera;
una **Señá Delmira** rezadora
y aquella doña Elisa tan completa.
Madre María Leoncía,
la viejecita fuerte y trajinera,
que revendía quincallas en el pueblo
y trataba los mulos en las ferias:
que rezaba en la iglesia a San Antonio.
y cinchaba los haces en la siega.
Doña Clemencia López,
aquella dama que los pobres mientan,
que arrancaba el murmullo de los buenos.
cuando se encaminaba hacia la iglesia.
¡Campillo, pueblo mío!
Campillo que estás cerca de Llerena.
Aun te llevo conmigo
igual que en mi edad tierna.
Y aunque a veces me hieres,
no receles ni temas,
que cuando yo pretendo lacerarte,
mi alma no me deja.

P. Bernardo Martínez Grande.